

Gabriel  
NúñezHuerta

JeonZari

M.B.A.

PDF. Anguiano

# EL matiz de las SOMBRAS



**EL MATIZ DE LAS SOMBRAS**

una historia por

Gabriel Núñez Huerta

Jeon Zari

M. B. A.

PDF. Anguiano

La elección a rey y reina de una secundaria trae consigo emoción y expectativas, pero nada sale como lo planeado para cuatro individuos que sienten cómo las situaciones que viven a diario les consumen. *El matiz de las sombras* relata la historia de cuatro adolescentes que se enfrentan a diversas circunstancias de la vida que les llevan a coincidir en una fiesta donde todo lo que puede salir mal sucede.

Gabriel Núñez Huerta (Jalisco, 2009) es una representación de invencibilidad, valentía y enigma cuya presencia deja una huella imborrable en su entorno.

Jeon Zari (Colima, 2007) se considera amante de la cultura asiática, comer, escribir sobre la oscuridad de la existencia y el chai latte.

M. B. A. (Colima, 2009) es un amante de los retos, sobre todo mentales y matemáticos, con un comentario certero y agudo para cada situación.

PDF. Anguiano (Colima, 2009) es una persona normal, tanto así que no te preocupa su existencia.

Primera Edición: 2023

D.R. 2023 Gabriel Núñez Huerta, Jeon Zari, M. B. A., PDF. Anguiano

Ilustraciones de: Gabriel Núñez Huerta

Coordinadores de Colección:

- Dr. Guillermo Blanco Govea, Comisionado Estatal de Salud Mental y Adicciones
- Psic. Diana Jazmín Virgen González, Coordinadora Estatal de Salud Mental

Colaboración y mención especial:

- Gabriela Gaytán Saucedo, Academia Gaia. Orientación creativa.
- Mario Antonio Rodríguez Bautista, Academia Gaia. Orientación creativa, edición y corrección de estilo.
- Leonel Valladares Vadillo, Academia Gaia. Orientación creativa.
- Alexandra Helmer, Academia Gaia. Orientación creativa en ilustración.
- Isabella Estrada Sánchez, estudiante de Academia Gaia. Investigación y apoyo creativo.
- Amelie Basel Ahumada, estudiante de Academia Gaia. Investigación y apoyo creativo.
- Camila Michelle Aguilar Esteban, estudiante de Academia Gaia. Investigación y apoyo creativo.
- Héctor Miguel Amezcua Solís, estudiante de Academia Gaia. Asistente de ilustración.
- Elián Martínez Macías, estudiante de Academia Gaia. Documentación.
- Carlos Santiago Rivera Ceballos, estudiante de Academia Gaia. Documentación.

Impreso en Colima, por la Comisión Estatal de Salud Mental y Adicciones. Calle Juárez 235. Centro, Colima, Colima, México. CP 28000.

## PRÓLOGO

Mucha tinta ha corrido cuando se trata de abordar temas serios y de interés para la sociedad como la salud mental, y si bien es cierto que en la actualidad se ha abogado más respecto a la importancia de esta materia, la realidad es que aún persiste como un tema tabú, algo de lo que hay que “hablar bajito”. Por fortuna, los estigmas alrededor de estos asuntos parecen encontrar su final con las generaciones jóvenes de hoy día, que hablan sobre temas como la ansiedad, la depresión, los trastornos alimenticios, entre otros, sin tapujos, cada vez con más libertad.

Mi campo de experiencia no es la salud mental, por lo que no escribiré sobre aquellos menesteres. Sí lo haré, en cambio, sobre las jóvenes promesas que se involucraron en la creación de la historia que estás por disfrutar, porque tanta es mi confianza y seguridad en el talento aquí reunido que sé que disfrutarás de sus letras.

En el tiempo que he tenido la fortuna de coincidir y trabajar de cerca con este grupo, he descubierto el largo etcétera de habilidades, aptitudes y destrezas que tienen a su favor, pero por encima de ello, la calidad humana que les hace ser quienes son. Esa condición de humanos se plasma de forma inevitable en lo que hacemos, y en estas historias, que si bien son narraciones de ficción, queda de manifiesto la solidaridad en el ser de cada quien, pero también aquello que les preocupa e incluso les aqueja, ya sea en primera persona o de cerca en su entorno.

Motivados por esa preocupación, así como el deseo de aportar a la causa desde una actividad que disfrutan como la escritura creativa, estudiantes de nuestra institución, la Academia Gaia, se propusieron escribir las historias de jóvenes como sí mismos y con quienes conviven día a día, de modo que a través de las aventuras (¿o desventuras?) de dos chicas y dos chicos, sus lectores adquieran conciencia respecto a temas sobre los que se necesita reflexionar a profundidad, pero más aún, dejar un mensaje sencillo y de peso: no enfrentas tus batallas en soledad.

Aprovecho este espacio para agradecer a la Comisión Estatal de Salud Mental y Adicciones del Estado de Colima, que a través de su Coordinadora Estatal de Salud Mental, la Psic. Diana Jazmín Virgen González, extendió la invitación a nuestra comunidad estudiantil para ser partícipes de este proyecto que surge del interés y preocupación de dicha institución por acercarse a la juventud colimense y ofrecerles la orientación y acompañamiento que abonen a su desarrollo pleno, armonioso y saludable.

Tras conversar con el estudiantado que aceptó participar en este proyecto, la Psic. Diana dejó en claro que contarían con libertad creativa para desarrollar el texto que fuera de su agrado, así como en la elección de los temas en materia de salud mental que más les interesaran y/o les preocuparan, de modo que el producto resultante fuera una expresión genuina de las inquietudes de las generaciones actuales, porque no hay mejor manera de acercarse a la juventud que a través de las letras de la misma juventud.

Dicho lo anterior, vale la pena mencionar que los textos fueron pensados y compuestos por aquellos estudiantes que conformaron el talentoso equipo de escritores, bajo la tutoría y orientación de un servidor, así como el acompañamiento del equipo docente de la Academia Gaia que, como la comunidad que es, y me permito usar una metáfora *futbolera*, siempre deja todo en la cancha.

Estudiantes: sientan orgullo y satisfacción por su arduo trabajo y deslumbrante talento. Familias: únense al orgullo de sus hijas e hijos, que derrochan una creatividad que les llevará a trascender. Docentes, compañeras y compañeros: su dedicación y amor impresos en cada oportunidad, dentro y fuera del aula, han sido fundamentales para ayudar a que la semilla sembrada en las familias brote y florezca más.

Podría gastarme toda la tinta del país contándote sobre lo maravillosa que es esta historia, pero te invito a que mejor lo descubras por tu cuenta; ya después me cuentas.

Lic. Mario Antonio Rodríguez Bautista  
Profesor de Lengua y Literatura de la Academia Gaia

## **ADVERTENCIA**

Las anécdotas que estás por conocer pasaron en realidad. O puede que hayan ocurrido más o menos en verdad. Incluso puede que no hayan pasado nunca. Lo que es cierto es que son historias que ocurren en la realidad. Es posible que conozcas a alguien cercano con anécdotas idénticas o similares, e incluso, tú puedes ser ese “alguien cercano”.

Estás por descubrir sobre un gran acontecimiento al que se enfrentaron cuatro personas que en ese entonces eran cercanas a mí. No es un mismo acontecimiento, o al menos al principio no lo es; cada quién atravesaba una situación diferente y, por azares del destino, terminaron encontrándose en una fiesta.

Pero permite que sean esas personas quienes te cuenten mejor qué pasó.

## POR QUÉ YO



“Espero haber sido claro, Benito, porque no pienso repetirlo; no de nuevo”.

Sí lo entendí; el profesor me dijo que iba a reprobar. Dijo que me regresaría un año por mi bajo desempeño. Estaba en tercero y me quería bajar a segundo. ¡Me quería bajar a segundo!

Salí a pensar porque dije "¿cómo puedo mejorar mis calificaciones y concentrarme más?". Pero en eso llegó María; "¿qué traes?", me dijo en un tono de desinterés. Sentí que en realidad no le importaba saber sobre aquello que me preguntó. “El profesor me quiere reprobar”, le dije, “por lo tanto, necesito echarle más ganas”. Ella parecía estar de acuerdo, porque repitió lo que dije sobre echarle más ganas, pero después formuló algo que me enfadó demasiado.

Empezó diciéndome “amor”, así que no debía ser tan malo. Continuó diciendo que sentía que ya no le prestaba mucha atención, así que exigió que lo hiciera o si no me iba a terminar. La cosa ahí fue que no me parecía que fuera lo justo porque ella sabía que hacía deportes en la tarde, y si estaba con ella, ahí se me iba todo el tiempo y ya no hacía nada. A veces era medio encimosa, pero luego como que no.

Esa era la cuestión: era muy encimosa, además de empalagosa. Sentía que me buscaba solo por atención desde que pasó lo de su abuela, y el problema era que no sabía cómo hacerle, porque ya eran varias las personas que me decían que no me concentraba. Hasta María me lo dijo.

¡Ah! Ya se habían terminado las clases; hora de ir a casa.

Eran las tres y la casa estaba a treinta minutos. “¿Qué dirán mis padres?”, pensaba, y la verdad no les quería decir, ¡me iban a colgar! De por sí ya me presionaban con eso de ser "bueno" en las calificaciones.

Entonces vi una bonita lagartija. Esto era lo que pasaba por mi mente en momentos así:

*Ey, no te vayas, espérame.*

*Espera, ¿por qué escapas?*

*Ah, bueno pues, vete.*

*¿Qué hora es? ¿Cómo? Son las tres y media.*

*No, corramos pero en fa'.*

*Ah, necesito las cartulinas para el proyecto;  
vamos a la papelería rápido.*

*Lápiz, borrador, engrapadora, animales de plástico.*

*Raspado y tacos.*

*Listo ya llevamos lo que necesitamos.*

“¡Ma, ya llegué! Voy a mi cuarto, no tengo hambre, te quiero”, era mi forma de anunciar mi regreso a casa. Ese día tenía que enfocarme en acabar la tarea. ¡Ah, la cartulina! Qué torpe, ¿cómo se me pudo olvidar?

“¿Y ahora qué haré?”, me preguntaba desesperado. No me quería quedar ahí sin hacer nada, así que ese día fui a la fiesta de fulano-de-tal. “Oye ma, ¿puedo ir a estudiar a casa de fulano? ¿Sí?, ¡a huevo!”, y entonces me fui. Estaba muy lejos, así que fui por la *bici*.

“Hmm, qué raro, nunca había pasado esta parte de la ciudad, vamos por aquí”, me dije al ver un camino llamativo. Me preguntaba si aquella era buena idea, y al mismo tiempo me decía “quién sabe”, así que de todos modos me fui por ahí. Después caí en cuenta que me dirigía a casa de María y no a la fiesta. No, Benito. Entonces recuperé el rumbo.

“¿Y todos?”, me pregunté cuando creí haber llegado a la fiesta y ver una casa vacía. Luego recordé que la fiesta era al lado opuesto de la ciudad. “¡Pero mira, hay otra papelería!”, ahora sí pude comprar la cartulina, y ya con ella en mano, me disponía a regresar a casa, pero le di por otro lado. “Benito, ¿no que ibas a ir a casa?”, me cuestioné, hasta que vi que había llegado a la fiesta, así que, ¿por qué no?

“Oye, ¿y esta cartulina?”, me detuve, ¿dónde la dejaría? Porque se vería raro si entraba con ella a la fiesta. Vi una piedra y pensé en dejar la cartulina ahí abajo de ella. ¿Y sí me había vestido bien? ¿Dónde había un espejo? ¿Qué iban a decir?

¡NO!

Me detuve; creí que lo mejor sería si no entraba, así que mejor regresaría a casa, pero antes debía encontrar la cartulina. Me comencé a asustar porque no la encontraba, hasta que recordé haberla dejado debajo de una piedra.

Hmm, llamada de María, ¿a ver? Me dijo algo sobre unas enchiladas, así que claro que sí iba a ir a casa de María pero recio. ¿A dónde íbamos? Ah sí, con María. Cuando llegué con ella, me recibió con un abrazo tan fuerte que sentí que casi me rompía las costillas. Estaba actuando extraña; primero me quería terminar si no le daba más atención, y luego me demostraba más afecto que un perro cuando vuelves a casa. Qué raro; en fin. Eso nos "entusiasmó", y una cosa llevó a la otra.

A la mañana siguiente, estaba listo para la escuela. A pesar de que me dijeran que tenía bajas calificaciones por bajo desempeño, creía tener uno muy bueno. Por lo tanto, le daría con más potencia a las clases. A pesar de mi buena disposición, mi mañana previo a la escuela transcurrió más o menos de la siguiente manera.

*¿Qué toca? Ay, Historia. Bueno pues, vamos.*

*Uy que bonita planta, me gusta.*

*Me pregunto qué tipo de planta será.*

*Huele bien. Ah no, es la torta abandonada de ahí.*

*Bueno, adiós planta, voy a clase.*

*¡¿Qué?! ¿Cómo que tarde, profe?, llegué temprano hoy. ¿Qué hice para tardarme tanto?*

*¡No!, ¿cómo pude? Pero si yo me propuse ser mejor en clases y ahora ni puedo entrar. ¿Qué pues? No, no, no.*

*Si repruebo, María me va a terminar, mis padres me van a matar*

*y todos me verán como tonto. ¿Acaso ya lo hacen?*

Mientras estaba terminando la tarea de Matemáticas junto con mis compañeros, me dijeron que estaba usando la libreta de Español. "Qué distraído, hermano", me dijeron. Cada vez más me decían "distraído". Había veces en las que se me iba el rollo y no prestaba atención, pero parecía que sucedía más a menudo. ¿Por qué María también me dijo que no le prestaba atención? ¿Se estaban burlando de mí o en realidad estaba mal?

Entonces fui con María a preguntarle. Le pregunté por qué dijo que soy muy distraído al estar con ella. Dijo que esa vez fue un error, simplemente estaba nerviosa. Pero también mencionó que cuando hablaba con ella, veía que me distraía muy fácil o que divagaba en los pensamientos, y justo cuando me dijo eso, me advirtió que lo estaba haciendo. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso todos pensaban eso de mí? No, no quería que pensarán eso. Debía concentrarme. Sí, eso haría, concentrarme con todo lo que pudiera.

Nuevo día, nuevo enfoque. ¡Sí! Estaba seguro de tener bien la respuesta número uno. Pero luego no encontré mi borrador, hasta que noté que se había caído y estaba a un lado de Marco. “Hmm, me pregunto si Marco hace buenas conversaciones”, pensé, importando poco que estuviéramos a medio examen. “Oye Marco, ¿cómo estás?” le pregunté en buen plan, pero Marco se portó mal conmigo; literalmente evadió la pregunta y sólo susurró un "qué te importa". Entonces un compañero, que me caía bien pero mal a la vez, gritó.

"¡Maestra, Benito está copiando a Marco!". Pinche güey. Oh, sí, es cierto, ¡estábamos en examen! ¡No! No debí hablar. ¿Por qué me distraje de nuevo? La maestra nos mandó a Marco y a mí directamente a la dirección.



"Necesitas ayuda, bolonio, de verdad.  
A cada rato te metes en problemas por distraerte".

Hmm, interesante. Ya me habían dicho eso varias veces ese día. Lo de distraído, porque aquella era la primera ocasión en la que escuchaba la palabra *bolonio*; se me antojó un espagueti a la boloñesa. Esa vez había sido un simple error; sólo quería hacer plática. Casi siempre veo a Marco solo y me dio intriga saber cómo era hablar con él; también era culpa suya por hacerme caso. Bueno, no debería echarle la culpa. Mala mía, no, suya, nuestra. Comunismo.

Llegó María. Se ve nerviosa.  
¿Por qué?

\* \* \*



En medio de todo el ruido del pasillo, caminaba sintiéndome insegura. Solía clavar la mirada en el celular para no ver a los demás; mi error: estar metida en Instagram, viendo los abdomenes perfectos de todas las *influencers*. Eso no logró distraerme de lo que pasó después.

“¡Alía!”

Escuché que alguien gritaba detrás de mí. Tenía tantas ganas de ponerle un zoquete por cada letra de mi nombre para que se lo grabara bien. Sí, se pronuncia como “alaya”, pero se escribe “Alya”. A-L-Y-A, ¡Alya! En fin; me puse los audífonos y le subí todo el volumen a la música; llevaba semanas sin salir de Twisted Sister. El *glam rock* era mi gusto “prohibido”, y me hacía recordar que no era como la sociedad dicta.

De repente sentí que una mano se apoyó con brusquedad sobre mi hombro derecho; eso me sacó de la zona de confort. Quien me gritó no había desistido de alcanzarme; lo noté cuando me quité los audífonos y vi quién me había interrumpido. Era una chica con volantes, que al instante me dio uno mientras hablaba a la velocidad de la luz, diciendo que yo era la candidata *perfecta* para ser la reina de la escuela.

Empezó diciendo que mi cara era muy linda y que tenía el mejor cuerpo de toda la escuela. Además de querer convencerme, no sé qué más quería lograr porque todavía tuvo el atrevimiento de asegurar que yo era la más envidiada por mi abdomen y cintura. En ese momento me agarré de ahí y la apreté; quería sentirme, saber si todo eso era cierto. Para colmo, llegaron más chicas suplicando que me postulara, pero por muchos halagos que me hicieran, y por más que insistieran con que yo era *perfecta*, no lograba entender por qué yo. Toda esa situación me hacía sentir ansiosa, y más aún cuando una de las chicas me hizo *esa* pregunta.

*“¿Cómo haces para tener la cintura tan estrecha?”.*

Intentó agarrarme de ahí; eso me hizo enfurecer. “¡Qué les importa!”, grité a la par que le arrebaté el volante a la primera chica. Me puse de nuevo los audífonos y, sin más, me marché de ahí molesta. Sabía que tenía las miradas de todos puestas en mí, y a pesar de lo alto de mi música, podía escucharles susurrar. Tenía el volumen al máximo, pero quería subirle más, no escuchar nada ni a nadie.

Esa era mi forma de evitarlo todo: ponerme los audífonos e irme; incluso hacía esto con los profesores. Sé que esa actitud de nada-me-importa me daba cierto distintivo de popularidad, aunque hubiera quienes me etiquetaran de payasa. La realidad era que sí me esforzaba mucho arreglándome, y se notaba porque, lo reconozco, sí era desafiante y payasa, pero también bastante bonita. Incluso en una encuesta en Instagram que alguien hizo me eligieron como la de mejor físico, pero eso no era importante. Me gustaba encajar, pero no sobresalir; sólo quería pertenecer.

Llegó la hora del recreo y había olvidado el desayuno; tampoco traía dinero, así que no podría comer algo, pero no le dije a nadie porque era una buena oportunidad de saltarse una comida. Con lo que no contaba era con que mi hermana mayor se dio cuenta de eso y fue a la escuela durante el receso a llevarme el desayuno. Podría parecer un gesto amable de su parte, pero estaba segura de que ella lo veía como una oportunidad de avergonzarme. A lo lejos la noté, y cómo no, si gritaba como loca. “¡Hermanita! ¡Hermanita, dejaste tu comida, hermanita!”. Sentía como me ponía roja de la vergüenza, así que corrí hacia la reja para llevarme la lonchera y acabar con esa escenita de una vez.

“Deja de hacer el ridículo, me avergüenzas”, le reclamé entre dientes detrás de una sonrisa falsa; había visto que el chico que me gustaba estaba ahí cerca. “Ese es mi trabajo”, respondió la muy cínica entre risas, y como si no pudiera ahorrarse sus comentarios, me dijo que comiera, pero no tanto “porque mira nada más cómo estás”. El coraje me hizo responderle de arrebató diciéndole “jódete”, pero eso detonó un horrible intercambio de palabras.

*“¡Maldita escuincla! Mejor no tragues que mal no te haría”.  
“Ni iba a comer, que me dieron ganas de vomitar por tu asquerosa cara”.  
“Entonces espero que te ahogues”.*

Después de eso, mi hermana se fue. Aunque en el exterior quería parecer fuerte, por dentro estaba destrozada. Me fui corriendo hacia atrás de los salones, y ya ahí, me dejé caer al suelo, golpeando mi espalda con la pared del salón. “Si está pasando” pensé al sentir el golpe. Mi intención era llorar, pero no salían las lágrimas.

Desesperada, abrí la lonchera; tomé lo primero que vi, la bolsa de papas encima de la torta de lomo adobado, y la tomé para comerlas. Batallé con la envoltura un momento, pero al no lograr abrirla, jalé con tanta fuerza que el empaque se reventó, y aunque algunas de las papas cayeron al suelo cubriéndose con tierra en el acto, no me importó; solo quería comer.

Tomé una papa, y sin más, la comí de un bocado; “qué delicioso está esto”. Dos papas; “ojala tuviera salsa”; tres, “es verdad que no puedes comer solo una”. Entonces agarré varias a la vez y me llevé todas a la boca al mismo tiempo. El percibir el sabor salado y grasoso de las papas me hacía sentir tanto placer que cerraba los ojos para disfrutar el instante; en ese momento no había nada más que yo y mis papas. Cuando abrí los ojos, alcancé a notar que el chico que me gustaba me veía de lejos con rostro de preocupación. Ahí se acabó el trance; noté los desagradables sonidos que hacía al masticar.

*Estoy tragando como puerca.*

Me llevé las manos a la cara, hacia las sienes y de ahí, por encima de los ojos. “Estúpida, mi delineado”, pensé al instante, seguido de un inquietante miedo de haber arruinado mi tan cuidado aspecto. De prisa corrí hacia el baño y me detuve frente al espejo para verificar que no se hubiera corrido el delineado. Me contemplé por un instante que pareció eterno; mi delineado estaba bien, pero todo en mí parecía estar mal. Algunos de mis cabellos estaban fuera de su sitio; mi boca estaba llena de sal y boronas de las papas, así como mi enorme sudadera morada del conejo malo que me regaló mi hermana. Estaba cubierta de sudor, y al notarlo sentí que apestaba. “Qué asco” dije al ver mi reflejo. Mi estómago se revolvió tanto que lo tomé como una señal que había que atender al instante. Corrí hacia uno de los baños; cerré los ojos.

Entonces pasó.

Cuando supe que ya no había nada más, y antes de abrir los ojos, sentí alivio. Me sentí ligera, plena; en paz. Al abrir los ojos, noté el grotesco escenario; mi ligereza se volvió pesadez, mi plenitud se transformó en inquietud y mi paz fue terror. Al igual que las tres veces anteriores esa semana, ardía todo y dolía algo dentro de mí.

Al salir y verme de nuevo al espejo, pensé en lavarme la cara; “de todas formas me maquillo otra vez y listo, aquí no pasó nada”. Salí de prisa a buscar mi cosmética, ignorando que Salma me preguntó si estaba bien. Abrí con torpeza mi mochila; mis manos temblaban tanto que la cosmética se cayó al suelo. “Estúpida”, dije entre dientes al escuchar que algo se quebró; pensé que había sido el espejo. Entonces por fin pude llorar.

Sentí que una mano se apoyó con ligereza sobre mi hombro derecho; salté asustada, ya que me recordó a los golpes de la abuela cuando me encontraba comiendo a escondidas. Esa mano se convirtió en un abrazo cálido y suave; era Salma. Ninguna de las dos dijo nada; lloré aún más mientras ella se quedó ahí en silencio hasta que me tranquilicé.

“Ten”, me dijo Salma mientras me extendía una servilleta. No levanté la mirada; no quería que me viera devastada y tan fea por haber llorado tanto. Incluso se lo dije, pero entre risas dijo que hasta llorando me veía preciosa. Eso también me hizo reír; fue muy dulce de su parte. “Ven, que ya toca Ciencias”, me dijo mientras me extendía la mano, la cual tomé para, juntas, salir del salón e ir a la siguiente clase.

\* \* \*



“Marco... ¡Marcooooo!” escuché que a lo lejos me llamaban, aunque siendo franco, hacía todo lo posible por fingir que no escuchaba y que estaba más concentrado en mi sándwich de jamón con queso que, modestia aparte, me queda delicioso.

Mis esfuerzos fueron infructuosos, sin embargo.

“Hola, Marquitos”, dijo; cómo detesto que me digan así, sobre todo si no suelo tratar con esa gente. Entonces continuó, según él, tratando de ser amable, cuando en realidad me resultaba ridículo. “Oye, ¿cómo estás? Qué rico tu sándwich, eh. Oye, te quiero invitar a algo”, y fue ahí cuando empezó a hablar respecto a esa invitación; “que no lo diga”, repetía en mi mente. Pero lo hizo.

“¿Qué te parecería ser el rey de la escuela? ¡Ándale! Sólo tienes que participar en el concurso, además yo creo que sí ganas. ¿Entonces qué, sí jalas?” No dudé ni un segundo en responder de forma amenazante; le dije que a diferencia suya y de sus superficiales simpatizantes, yo no necesitaba de la aprobación ajena como remedio para la baja autoestima.

“¿Por qué yo?”, me comencé a preguntar. Estaba convencido de que él lo hacía por interés y no dudé en recriminárselo. Muy molesto, argumenté que sólo buscaban agraciarse conmigo para recibir ayuda con sus tareas. Pero a pesar de haber estado muy seguro de mi respuesta en el momento, empecé a cuestionarme si en realidad lo pensé bien. ¿Acaso fue una respuesta premeditada o completamente impulsiva? No parecía ser algo que pudiera cambiar ya, pero aquello era más que una respuesta impulsiva; representaba mi postura hacia el resto de individuos. Aunque en el fondo seguían mis inquietudes.

*¿En verdad quiero pasar toda mi vida alejado de los demás  
mientras me dedico a sentir lástima por mí mismo?*

El dilema se resolvió cuando recordé lo que confiar en las personas había provocado. Estaba claro: no volvería a ser lastimado por nadie. Aunque procuraba no emparentarme con nadie, daba clases particulares a algunos compañeros, por lo general con aquellos que estaban dispuestos a aprender sin entablar una conversación personal. Uno de esos compañeros era un tal Benito, un chico distraído al cual le costaba concentrarse en la escuela.

Al principio nuestra convivencia se limitaba a las clases que yo le daba, pero eso cambiaría un día que Benito estaba conmigo tomando una clase. Con él trabajaba una hora, y esa vez ya se había terminado, por lo que se lo hice saber. “Creo que daré por finalizada esta clase” dije apenas reparé en la hora en mi reloj. Benito respondió con un simple “ok”, aún con rostro de confusión; supe a qué se debía. Eso casi me hace perder los estribos; toda la hora la dedicamos al mismo tema. Traté de mantener la calma; no quería hacerlo sentir tonto por no entender; “Benito, recuerda que positivo por negativo es negativo y negativo por negativo es positivo”.

Él me agradeció, y mientras me volteó a ver, una sonrisa borró su rostro de confusión, para después decirme algo que me desconcertó: “es que sabes, es la primera vez que alguien me enseña algo sin perder la paciencia”. ¿Estaba yo siendo amable?

Entonces Benito continuó; parecía dubitativo, pero esta vez por algo ajeno a la ley de los signos. “¿Quieres ir a una fiesta?”, preguntó sin más, pero de inmediato le dije que no acostumbraba ir a fiestas; sí que fui amable. Él estaba por decirme que no había problema, pero lo interrumpí. “Creo que puedo intentarlo”, le dije, para sorpresa mía y de él. Eso pareció ser de su agrado, ya que se mostró muy emocionado. Le dije que ahí nos veíamos, y estoy casi seguro de haber sonreído un poco, lo cual es raro en mí.

“¿Acaso esta decisión representa una nueva etapa en mi vida?”. Esa fue la pregunta que me hice, pues acababa de romper mi único código, y es ahí cuando el dilema anterior salió de nuevo a flote, me llevó a preguntarme si en verdad debería haber aceptado la invitación de Benito. Estaba confundido, me sentí frustrado, aunque no precisamente el tipo de frustración que con frecuencia me llevaba a golpear la pared, esto era diferente.

Esto cambiaba todo el panorama.

\* \* \*



*¿Por qué?  
¿Por qué descuidé a mi abuelita?  
¡Todo fue mi culpa!*

Entonces me sequé las lágrimas; no quería que lo notaran. En días anteriores había visto que Benito le daba más importancia a aprobar que a mí, y tener eso en mente me atormentaba como tantas cosas lo hacían. Me perdía en un espiral de pensamientos que no encontraba final.

*¿Será que ya no me quiere? Pero si ayer dijo que me quería; pero eso fue ayer, ¿y hoy me querrá? Yo sí quería a mi abuelita, pero no le puse atención, así como Benito no me está poniendo atención a mí. ¿Me voy a morir? ¿Debería buscar atención? Tal vez así no me muera. Fui una mala nieta por no cuidar de ella; me puse los audifonos y sucedió. Aparte, ella ya estaba viejita y toda escuálida; yo no estoy así, pero lo estaré. ¿Será él mal novio por no hacerme caso? Pero él me apoyó cuando mi abuelita murió. ¿Seré yo mala novia? ¿Dónde está Benito?, ¿y si se fue con otra? No lo veo por ninguna parte. ¿Será que está estudiando? No está aquí conmigo; lo necesito en todo momento.*

Pero ahí estaba Benito. Él me había dicho que lo querían regresar de año. Le dije que sabía que le estaba poniendo muchas ganas a pasar, pero no quería que dejáramos de lado nuestra relación. Sentía que ya no me quería, que esos bellos momentos que tuvimos no fueron nada. Así que se lo dije, así nada más: si no me prestaba más atención, terminaríamos. Entonces llegaron por mí; me despedí de él, le dije que lo quería y que nos veíamos al día siguiente.

¿Por qué le dije eso? ¿Me pondría más atención después de eso? ¿Y qué tal si no lo hacía? Sentía que no podía vivir sin él, que lo necesitaba, ¿así que por qué le había dicho eso? Quería viajar al pasado y deshacer mis palabras, pero a la vez no quería hacerlo; lo que le dije era lo que sentía. ¿Qué haría si me olvidara?, ¿ya no me hablaría? ¿Y si hiciera algo para que me pusiera más atención?

Habían pasado tres meses desde que mi abuelita había muerto, y era el mismo tiempo que llevaba con Benito, pero esos tres meses habían sido eternos. El recordar a mi abuelita me hacía sentir culpable. No me sentía bien por pensar en eso, y más porque parecía que a mis papás no les importaba, hasta parecía que la odiaban y que ya la querían muerta. No sé si alguna vez les importó y a cada rato me ponían a trabajar como si fuese Cenicienta; nunca me dejaban descansar y a veces parecía que me querían echar la culpa porque mi abuelita se había ido. ¿Y si la envenenaron para culparme a mí?, ¿y si la amenazaron diciéndole que si no se moría mataban a su familia, o sea a nosotros? Nadie parecía tener compasión con ella.

No me podía quedar con las dudas. ¿Y si me envenenaban?, ¿o qué tal que sí me odiaban? ¿De verdad me querían?, ¿si yo moría estarían tristes como con mi abuelita?, ¿o estarían felices? Ya no me tendrían que comprar cosas, ya no sería un estorbo ni una carga, y así estaría con mi abuelita. ¿Pero y si ella tampoco me quisiera porque no la salvé? ¿Y qué haría si hubiera un cielo? ¿Estaría en el cielo o en el infierno por no haberla ayudado? ¿La maté yo? Porque pude ayudarla, pero no lo hice, ¿y por qué chingados no la ayudé? Siempre pude, y ahí se quedó. Si la hubiera ayudado, nada de eso estaría pasando, y todo por una acción, porque no la ayudé.

Ya después de todo lo que había pasado ya no sabía qué era qué, si estaba feliz al estar con Benito, si de verdad lo quería o si lo que quería de verdad era que me hablaran, que me pusieran atención. Pero no lo creía; lo quería mucho, pero no tanto como mi abuelita. Incluso pensaba que si me ponían a escoger entre Benito y mi abuelita la escogería a ella, y es cierto, la escogería antes que a todos; era ella quien me entendía, y la dejé ir.

*¡Ya estuvo bueno! Ya párale, ¿no?  
¿Qué no puedes dejar de pensar por un rato?*

Decir eso en voz alta, casi gritando, me calmaba un poco. Pero en ese momento no sentía que fuera suficiente, así que llamé a Benito, a ver si eso me calmaba. Lo invité a venir a mi casa; le dije que tenía enchiladas porque según yo eso le encantaba y lo haría venir sin dudar. Fue entonces que se me ocurrió: ¿y si hacía otra cosa con Benito, en vez de sólo comer?

Sentí que pasó una eternidad, hasta que por fin llegó Benito. De inmediato me lancé sobre él para llenarlo de amor. Le dije que sentía que había pasado mucho tiempo sin tenerlo conmigo; le dije cuánto lo quería, cuánto lo amaba, lo adoraba, que no imaginaba mi vida sin él. Le pedí que me acompañara a mi cuarto porque ahí había dejado las enchiladas.

Entonces pasó.

Luego de un rato, Benito se fue. Entonces volvieron las inquietudes. ¿Y si ya no le gustaba? ¿Qué tal me dejaba de hablar porque ya había tenido todo de mí? Quería llorar, pero recordé un dicho de mi abuela: “si el llanto se atora, ahógallo en bacanora”. Sabía que había una botella detrás del retrato familiar, así que fui por él y me lo llevé a escondidas a mi cuarto. Sólo recuerdo haberle dado el primer sorbo. Al día siguiente noté que todo en mi habitación estaba desordenado y que la botella estaba medio vacía.

La noche anterior había sido muy alocada, aunque no me imaginaba que *eso* fuera a suceder tan rápido. Comencé a sentir mucha hambre, como si no hubiera comido todo el día. Me dolía la panza, y de pronto tuve un fuerte antojo de camarones empanizados. Pero a mí nunca me habían gustado los mariscos, ¿por qué ahora sí? ¿Estaba embarazada? Eso explicaría el dolor de panza y el extraño antojo de mariscos. Eso debía ser, ¿pero cómo le íbamos a poner al bebé? ¿Sería niño o niña? ¿Cómo me tratarían?, y si mis papás se daban cuenta, ¿me aceptarían así?, ¿me apoyarían? Entonces concluí que no, porque así como envenenaron a mi abuelita y la querían muerta, también lo harían conmigo porque sería una doble carga. ¿Seguiría yendo a la escuela?

Tenía que decirle a Benito.

## POR QUÉ A MÍ

“¿Se hizo popó?”. No sé por qué pensé eso, pero me causaba mucha (pero mucha) gracia la imagen de María confesando que se había hecho del baño, ¡qué torpe! Ya sé que era mi novia, ¡pero qué torpe! Qué chistoso, o mejor dicho, qué cagado.

“Uy, viene hacia acá, ¿leyó mis pensamientos?”, eso pensé, y después, que ya había valido; debía prepararme. Tres, dos, uno; ahí está el rega...

*“¿¿CÓMO QUE EMBARAZADA?!”*

*Pues, ¿qué hacemos? ¿Que escojamos nombre?*

*A ver, aguántame que apenas me acabas de decir que tendremos un hijo”.*

Era mucha información para procesar en tan poco tiempo, y María que no paraba de hablar. ¿Cómo sabía que tendríamos uno? ¿Qué tal si era una? ¿O más de uno o una? Eso no importaba; lo que en verdad quería saber era cómo estaba tan segura de tener un humano en su barriga, o abdomen, o menudo, o como se llame. Ya sé, ya sé, era mi novia y yo con esos chistes, pero es que siempre soy así, chistoso.

Se me ocurrió llamar a la criatura “Benito Jr.”, pero esa idea no le latió mucho a María. ¿Por qué pensaba estar embarazada? ¿Por el antojo de camarones? Sí que tenía que relajarse la chamaca esa. Bueno, a decir verdad yo también tenía que hacerlo porque me sentía muy nervioso, y por lo mismo, se lo dije así como lo pensé, que no debió decirme eso, al menos no así sino más tranquila. María se enojó y se fue, y eso que según ella quería resolver las cosas.

“Ay, ay, ay”, me lamenté entre dientes.

“Canta y no llores”, mi mente continuó.

Ah, es cierto, María. Ya me estaba olvidando de ella.

No supe a dónde se había ido. ¡Ay, no! Primero la escuela y ahora la novia. Necesitaba concentrarme, pero debía decidir en qué. Supuse que un embarazo era más importante, así que decidí enfocarme en eso y primero averiguar si en verdad tendríamos o no un hijo, por lo que tendría que conseguir una prueba de embarazo y después pedirle que se la hiciera. Me despedí de la maestra de Ciencias y le agradecí por la clase de ese día; ella se me quedó viendo raro pero me devolvió el saludo. Ya después caí en cuenta que no estábamos ya en el salón, y también que esa maestra ya no me daba clases.

Después de estar sudando y dudando por tanto tiempo, al fin pude ir a la farmacia. Bueno, *pudimos*, porque fui con mi mamá, aunque no le dije cuál era la verdadera razón de mi visita; logré convencerla de ir tras decirle que me sentía muy deshidratado y necesitaba electrolitos. Ya había estado antes en una farmacia, pero nunca por un embarazo, así que la situación fue más o menos así.

*No, no, no, no, ¡a-já! ¡Aquí está!*

*¿“Proyecto Pañal”? , hmm, ¿a quién se le ocurrió eso?*

*A ver, veamos los otros.*

*“Cigüeña Express”, “Maniobras de la Cigüeña”, ¡ay, qué chistoso!*

*¿Hará algo diferente cada una?*

*Me voy a llevar todas por si acaso.*

*¡Ay, mi mamá! Se está acercando.*

*¿Dónde las dejo? ¿Qué dirá si las ve? Va a pensar que soy un fracaso. ¡NO!*

*Toma, morro; si alguien pregunta, dices que llegó la cigüeña.*

*Ah, espera, ya se fue mi mamá. ¡Dame las pruebas, morro!*

Cuando le quité las pruebas al morrito pequeño, las llevé a la caja registradora. Cuando las puse, la cajera me miró muy raro; tenía cara de querer preguntar *algo*, pero como que no se animaba. Entendí por qué, pero no me gustó. A toda prisa, y sin que mi mamá se diera cuenta, escondí las pruebas en mi mochila. En cuanto llegamos a casa, dije que había recordado que iba a hacer tarea en casa de fulano-de-tal otra vez, así que tomé mi mochila, me subí a mi *bici* y me fui.

En el camino debía cruzar por una vía de tren. En eso escuché que algo se había caído; un ruido fuerte me llamó la atención, así que volteeé a ver las vías, ¡era la bolsa con las pruebas! Me regresé para recogerlas, y sin saber por qué, mucha gente que parecía espantada me gritaba. “Nada más se cayeron tres pruebas de embarazo, ¿cuál es el alboroto?, enfóquense en lo suyo”, pensé mientras me acomodaba para avanzar. Apenas un minuto después de eso, escuché que el tren comenzó a pasar detrás mío. ¡Ah! Con razón la gente gritaba; el tren casi atropella las pruebas.

En cuanto llegué a casa de María, le pedí que se hiciera la prueba y viéramos los resultados. Nunca había tenido tantas emociones tan fuertes y contradictorias a la vez como en ese momento.

*Uy, la primera salió negativa, ¡qué bueno!  
Ahora la segunda para estar seguros, ¡también negativo!  
Espera, negativo y negativo es positivo. Ni modo, estamos embarazados. ¡No! No quiero tener una sandía en mi abdomen.  
Ey, ¿por qué me pega y me dice así? Que piense en nuestro hijo.  
Ya se hará la otra para estar seguros.  
Negativo, eso es bueno; negativo y positivo, negativo, se cancela el embarazo.  
Ay, ninguna tenía nada de especial. Uh, esta tiene un sticker de cigüeña, cool.  
¿Y ahora por qué está llorando? Ah, se está disculpando.  
¿Por qué la amo? ¿Por qué la vida nos juntó?  
¿Fue cuando compartimos esa torta de lomo?  
Qué rico, una torta.  
Tengo hambre, pero de enchiladas. Ay y con su quesito encima, qué bien.  
Ay, sí es cierto, momentos emocionales con María. Atención otra vez a ella.*

Después de todo eso, la abracé y le dije que no se preocupara, que todo estaría bien. Ahora sé que eso fue paranoia, una muy extrema, pero estaba bien. Le di un besito y me fui porque tenía sueño. Aunque en el camino recordé la tarea de historia, y por ir pensando en eso, no me fijé por dónde iba y me caí de la bicicleta. No sentí que me hubiera golpeado fuerte, así que medio me sacudí la tierra y me levanté para seguir mi camino.

*“¡No, la bicicleta se rompió! Que se pudra la bicicleta, a pie”.*

Cuando llegué a mi casa, entré de prisa y trataba de esquivar las preguntas de mi mamá para que no se diera cuenta que llegué sucio y sin bicicleta. “Ma, ya, llegué. Qué cansado estoy. ¿La tarea? ¡Sí, completada! Ya me voy a dormir, ni tiempo para un baño tengo de lo cansado que estoy”.

Supongo que a mi mamá le sacó de onda cómo había actuado ese día, porque al parecer entró a mi cuarto mientras dormía para ver cómo estaba. Eso lo supe cuando a la mañana siguiente empezó a gritarme, pero no le presté atención a lo que me decía, así que le tuve que pedir que ya no gritara. Me decía algo de una sangre en la cama; quise bromear con ella diciéndole que yo no tenía el periodo, pero se exaltó más porque, según ella, la cama estaba llena de sangre; en realidad era una manchita, mi mamá siempre exagerando. Entonces le dije que me había caído la noche anterior, lo que hizo que su rostro de enojo se transformara en uno de angustia en cuestión de segundos, y con una seriedad que nunca antes le escuché, me lo dijo.

*Hijo, por favor, concéntrate más.*

Ya me lo había dicho mi mamá, María y mis compañeros, que me distraigo mucho. ¿Normal, no? Quería pensar más en eso, pero no había tiempo para pensar en ello. Ahora era tiempo de concentrarse en la escuela y en mi novia.

Más tarde, durante el receso en la escuela, no tenía ganas de hacer nada más que estar solo con mis pensamientos. Cada cierto tiempo levantaba la mirada y notaba cómo los demás volteaban a verme.

*¿Por qué todos me miran? ¿Me están mirando por ser distraído?  
¿Piensan que soy un distraído? ¿Alguien torpe?  
¿Soy torpe? ¿Acaso no soy tan inteligente como creo?  
¿Y si no soy lo suficientemente inteligente?  
¿Qué tan inteligente soy? ¿Qué tan inteligente creen que soy?  
No quiero estar con nadie ahorita. Ni con María.  
Vete al campo de fútbol.*

Cuando llegué a la cancha, sin pensarlo, me tiré al suelo y me acosté. Lo único que tenía a la vista era el cielo azul. “Ojalá fuera una nube”. Entonces escuché pasos, que alguien se acercaba; yo quería estar solo. Deseaba que no fuera alguien que se acercara a burlarse, o algún maestro, o María, que no quería estar con ella. Pero no era ninguno de ellos, sino Salma. Las únicas veces que la había visto fuera del salón era en la cafetería, y eso pasaba rara vez. Se veía buena onda, y tenía una vibra reconfortante. Venía a preguntarme por qué me veía así. “¿Cómo así?”, le pregunté, y de inmediato dijo “como raro”. ¿Cómo que me veía “raro”? Sí, estaba abrumado pero no lo quería mostrar. ¿Cómo supo Salma que me sentía así? ¿Acaso era obvio? No quería que los demás me vieran mal.



Me senté y ella se sentó cerca de mí. Lo primero que noté fue que traía un plato en las manos, y en él había una enchilada. Comenzó a hablarme, pero mi atención estaba más puesta en esa deliciosa enchilada, y creo que se dio cuenta de eso, porque me la ofreció. Al principio me dio pena, pero luego de decirme que era para mí, la acepté gustoso.

Salma ya no dijo nada más, pero se quedó acompañándome un momento, uno en que el aunque había deseado tanto estar solo, para nada me sentí así, y me alegré de no estarlo. Al final me preguntó si iría a la gran fiesta de esa noche. “¡Cierto, la fiesta!”, la elección a rey y reina de la escuela. Me preguntaba quién sería el rey.

\* \* \*

Sonó la alarma y abrí los ojos con lentitud. Quería dormir más; no escuchar ni ver nada, sólo dormir y sentir la brisa del frío, cobijarme y esconderme de todas mis ansiedades y frustraciones. Intenté acurrucarme en las sábanas frías, pero mientras lo hacía, a pesar de mi vista borrosa noté lo que decía la segunda alarma en mi celular. La espantosa fecha había llegado: el “día familiar”, un desayuno en el que ocurriría una de las mayores desgracias del universo, porque eso era lo que siempre significaba una reunión familiar en casa de la abuela, o como prefería decirle, “el nido de las arpías”.

Clavé mi mirada en el techo, perdida en mis pensamientos, tratando de decidir si debía o no levantarme. Ese momento se vio interrumpido por los llamados diabólicos del toquido de puerta del demonio en persona, mi hermana. “Pasa ya”, le dije con voz débil y sin entusiasmo alguno. “No me contestes así, Alya”, escuché que dijeron a la par que se abría la puerta, y para mi sorpresa, no era mi hermana sino el demonio mayor: mi mamá.

“Lo siento, pensé que eras Claudia”, me disculpé mientras me acurrucaba de nuevo entre mis sábanas. “Pues ni a tu hermana deberías responderle así; ella es un ejemplo y debes seguirlo”, dijo mi mamá con ese tono alzado que siempre tenía y que tanto me estresaba. “Ojalá disimularas tu favoritismo”, susurré, según yo, pero Lucifer tiene oídos poderosos, porque de inmediato empezó otra estúpida pelea.

*“No es favoritismo, es privilegio; ella ha probado ser mejor que tú.”*

*“¿Mejor demonio? ¿Como el resto de la familia?”*

*“¡Alya, cállate y levántate ahora mismo!”*

*“Sí, como sea.”*

*“Ya estuvieras levantada siguiendo la rutina de ejercicio de tu hermana; así no estarías como estás.”*

*“¡Déjame en paz!”*

*“Arréglate, que la abuela no te puede ver en ese... en ese estado.”*

*Tienes una hora para ponerte decente y estar en el auto.”*

Sin decir más, mi mamá azotó la puerta y se fue; tan madura como siempre. Me levanté y caminé hacia el baño. Al notar que mis ojos estaban hinchados y rojos, me lavé la cara con desesperación, como si eso hiciera que ya no lo estuvieran. Al clavar la mirada en el espejo, noté que mi rostro se veía más rojo que al principio. Comencé a sentirme ansiosa y a maldecirme porque sentía que nada me salía bien, culpándome por todo lo que me pasaba.

Después de eso, busqué con desesperación mi limpiador de cara. Tan rápido como pude, lo abrí para ponérmelo y después me enjuagué el rostro tan fuerte que resultaba agresivo. Me puse una mascarilla y luego empecé a maquillarme; creía que si un buen maquillaje era capaz de hacer que la nariz se viera mejor, seguro también se podría hacer algo así con el cuerpo. Al terminar, vino esa gran pregunta que se hace la mayoría de las mujeres y que puede ser tan emocionante como tormentosa: “¿qué me voy a poner?”. Resolver esa inquietud era importante, todo con tal de estar al nivel de las expectativas de la abuela.

*No, me veo gorda.*

*Se me marcan las vendas.*

*¡Maldita sea!*

*Nada me entra, y si lo hace es sin las vendas.*

Después de cuatro pruebas de vestuario, me harté. De nuevo comencé a maldecirme, a insultar mi cuerpo y culparme de todo. Entré en desesperación, en un punto de quiebre que alcancé cuando me vi al espejo. Agarré todo el maquillaje y productos de belleza que pude con ambas manos, y en un arranque de furia lo lancé al espejo. Empecé a bajar hacia el suelo hasta caer sobre mis rodillas, e inundada en llanto, sin fuerzas, me acosté sobre el piso helado. Pensaba en mí, en todo lo que me hacía sentir rebasada.

Sentía que mi alma moría ahogada por mi situación.

Como pude, logré levantarme, recoger las vendas e intentar ponerlas de nuevo alrededor de mi cintura, así me vería mejor y, sobre todo, lograría asfixiar por completo mis sentimientos. Había elegido un vestido muy bonito, y aunque sabía que me veía hermosa en él, en momentos como ese todo es imperfección; por fortuna, con ese vestido no se notaban las vendas de mi cintura. Me peiné, me puse algunos accesorios y caminé hacia la puerta, dudando de mí, de mi aspecto. No sé de dónde tomé fuerzas para cambiar mi actitud; sabía que si me mostraba vulnerable al cruzar ese marco de madera, sería blanco de comentarios que, sin duda, me destruirían.

Salí de la casa y entré al auto, donde ya me esperaban. “Te ves bien”, dijo mi mamá en cuanto subí. Le agradecí el supuesto cumplido, aunque me quedé pensando un momento en la forma en que lo había dicho, por lo que me atreví a preguntarle a qué se refería. “Sólo bien, a secas”, dijo para después sonreír y echarme una mirada a través del retrovisor; sabía que vendría otra estúpida pelea.

*“Tu hermana y yo nos vemos perfectas, divinas, inalcanzables, potras;  
tú solo te ves bien, bonita, como un gatito.”*  
*“¿Y de qué les sirve verse perfectas por fuera, si por dentro son peor que basura?”*  
*“¡Alaya, respétame!, quieras o no, eres parte de mí y de esta familia.”*  
*“¡Mejor dame en adopción!, ni quien quiera estar en este infierno de familia.”*  
*“¿Quién va querer adoptarte? Deja de decir estupideces.”*

Entre risas maliciosas de mi mamá, y la incomodidad del resto en el auto, nos fuimos. En el camino retocaba mi maquillaje, acomodaba mi postura y, con disimulo, me acomodaba las vendas. Quizás en la escuela me funcionaba estar a la defensiva detrás de mi actitud de nada-me-importa, pero aquí no me servía; después de todo, esos insultos, esas risas, esas miradas, todo me hería y me hacía sentir expuesta, vulnerable.

Al llegar a la casa de la abuela, me detuve por un momento en la entrada; tuve un mal presentimiento. “Apúrate”, dijo mi mamá casi susurrando; me di cuenta de cómo ellos también se hacían pequeños cuando se trataba de la abuela. Hasta ellos le temían. Alguien nos abrió la puerta y nos dirigió por un pasillo hacia el “jardín de eventos”, que era como la abuela le decía al patio de su casa donde hacía las reuniones. Ahí ya tenía dispuesta una mesa elegante con platitos y tacitas para servir té y café a los invitados. El sitio estaba repleto de flores, y por lo visto, había contratado a gente para que nos atendiera; dos personas en cada esquina, una para servir las bebidas y otra para los alimentos, tan serviciales que hasta resultaba incómodo.

Todos esperaban de pie a que llegara el último de los invitados; supongo que son reglas de etiqueta que no entiendo, y jamás lo haré. En fin, cuando llegó la última persona, nos sentamos todos al mismo tiempo, y casi al instante, el personal de servicio comenzó a acercar los alimentos. En una parte de la mesa dejaron comida en presentaciones súper chiquitas, y del otro lado, donde yo estaba, dejaron sólo postres de todo tipo: chocolatesos, con fruta encima, crocantes, entre dulces y salados, y hasta unos que se veían poco apetitosos.

De entre los postres noté que había galletitas de mantequilla, y la verdad es que se me antojaron mucho, así que agarré una que comí de un bocado. Cuando pretendía agarrar una más, mi abuela me dio el último empujón para hacerme caer en el precipicio de la desesperación.

*“Mija, los demás también van a comer.”*

“Mija”. Esa simple palabra era capaz de causar un caos emocional, un huracán capaz de devastar hasta el suelo más firme. Algo había en la forma en que lo decía que incluso recordarlo me causa escalofríos. No pasó mucho tiempo para que, después de haberme dicho eso, me levantara de ahí y me fuera a toda prisa al baño.

Estoy muy segura, incluso al día de hoy, de que la abuela me siguió con la mirada, con esos ojos de juicio eterno que sólo esperarías de un ser diabólico; ella sí que era el demonio mayor. Alcancé a escuchar que le ordenó a mi hermana que me siguiera “para asegurarse de que no me acabara la comida de la cocina”, y Claudia, con tal de no quedar mal, lo hizo, y no la culpo; sabía que le iría igual o peor si no lo hacía.

Entré al baño y me encerré a llorar. Me dejé caer al suelo, y en un acto desesperado, me provoqué el vómito. En ese instante, no supe qué salió de mí, tampoco sentí si me quemó o me lastimó; sólo sentía cómo mis lágrimas rodaban por mis mejillas. Cuando terminé de vomitar, llevé mis manos hacia mi abdomen; fue entonces que me di cuenta de que había ensuciado mi hermoso vestido. Me lo quité, quedando sólo en ropa interior, y cubierta por las vendas que estrujaban mi cintura, que por cierto, también estaban cubiertas de vómito. Sentí el impulso de recurrir a mi armadura, mi escapatoria, pero no me dejaron llevar los audífonos conmigo. En casa había dejado la máscara de nada-me-importa. Nunca me sentí tan vulnerable, tan derrotada como en ese momento.

Cuando me giré para tomar una toallita para seguir limpiándome, noté que mi hermana estaba ahí, viendo cómo su hermanita era un montón de piezas rotas que trataban de permanecer unidas por vendas vomitadas.

Intercambiamos miradas, pero nadie dijo nada. Ella se fue de prisa, y creí que iría a chismearle a todos. Me di cuenta que siempre se puede estar más vulnerable, más derrotada. ¿Por qué a mí?

A los pocos minutos escuché varios gritos procedentes del jardín; sonaba como a una pelea. Me asomé por una ventanita que daba hacia allá, que era por donde entraba el alboroto. Sentí tantas cosas a la vez al ver que era mi hermana confrontando a mi madre y mi abuela.

*“¡¿Vieron lo que han causado, viejas arpías?!”*

*“¿De qué hablas?”*

*“¡Alya está vomitada! ¡Está llorando!”*

*“Tal vez le hizo mal tanta comida.”*

*“¡Ni siquiera comió! ¡Se pone vendas, mamá!”*

*¡Vendas para verse más delgada!”*

*“Cuida tu tono, señorita.”*

*“¡Es todavía una niña, chingada madre!”*

*¡¿Por qué no ven lo grave de todo esto?!”*

*“¡Ya cállate, Claudia!”*

*“¡Cállense ustedes! ¡Jódanse!”*

*¡Han roto a una niña! ¡Una niña!”*

Ya no podía estar más ahí. Sin importarme ya nada más, me puse otra vez el vestido, así, vomitado, y huí de ese infierno. Ese mismo día sería la fiesta de la escuela, así que mejor decidí ir a casa, relajarme y prepararme para esa noche. La casa estaba lejos, pero aún así me fui caminando. Varias cuadras más adelante noté que se emparejó el auto de mis papás; creí que habían vuelto para raptarme de regreso, pero no. Era Claudia. “Súbete”, me dijo, y eso hice.

En el camino de regreso nadie dijo palabra alguna; ni siquiera intercambiamos miradas. Todo silencio; no había palabra o gesto que aliviara tanto mal.

\* \* \*

Por lo general, mis tardes consistían en quedarme solo en casa, entre haciendo tareas, jugando en la computadora o apoyando a mis compañeros que necesitaran ayuda con alguna materia. Mis papás trabajaban todo el día, y rara vez coincidíamos para hacer lo que sea. Solían dejarme la comida lista, o si no, dinero para que me ordenara algo. Esto no ha sido muy distinto en años anteriores, con la particularidad de que antes solía tener una persona que me cuidara. Hasta que pasó *eso*.

No suelo salir de casa por ningún motivo. Incluso cuando hay tareas en equipo, ofrezco que se desarrolle el trabajo en mi casa; es cómoda, fresca, amplia y sobre todo, no tengo que salir por ningún motivo. A mis compañeros no les molestaba la idea de ir a mi casa porque les agradaba tener acceso a un poco de comodidad que no solían disfrutar, aunque sólo la encontrarán en la sala de la entrada. Tampoco era como que les dejara entrar a la intimidad de mi hogar; ya nadie merecía ese privilegio.

La semana anterior al día de la fiesta sentí la necesidad de comer unas frituras con queso que siempre han sido mis favoritas. Siempre hay botanas de más en la despensa, por lo que nunca debo preocuparme por desabasto. Pero justo ese día no había; tenía papas, pistaches, arándanos enchilados y hasta unas galletas muy ricas que mi papá había traído de la capital. Aunque nada de eso me apetecía; yo quería esas frituras en específico. Sabía que las vendían en la tienda de conveniencia de la avenida, a escasas dos cuadras de mi casa. Eso implicaba, sin embargo, algo que me resultaba inconcebible.

Salir.

Tras una larga disertación conmigo mismo, decidí que la única manera de obtenerlas era yendo. Agarré dinero y mucho valor, para posterior a ello salir con destino a la tienda. Era una tarde agradable; el clima era tan fresco que podías sentir cómo el viento interactuaba con tu ser, y hasta me detuve un instante a ver cómo una ardilla degustaba lo que parecía ser una almendra fresca.

Avancé hasta mi destino pero me detuve un instante frente a la puerta. No creo en eso de los presentimientos ni nada parecido, pero a falta de una mejor palabra para expresar lo que sentí, “tuve un mal presentimiento”. Descarté de inmediato esa sensación, crucé la puerta y me dirigí al instante hacia donde estaban las frituras de queso.

Nunca salgo, por ningún motivo, razón o circunstancia, así logró evitar a toda persona, conocida o no, y por lo tanto logro evitar cualquier tipo de interacción indeseable. Justo el día que decido salir, y precisamente en el sitio al que voy, me encuentro con *esa* persona.

Sobra decir que mi reacción no fue para nada de alegría. De hecho me quedé atónito, inerte; esa persona también, pero por muchísimo menos tiempo. “Marquito”, dijo mientras se acercaba más, pero no pude alejarme, por más que lo deseara, no pude hacerlo, por lo que no le fue complicado acercarse lo suficiente como para establecer contacto físico conmigo. Puso su mano sobre mi hombro y sonrió de una forma que, ahora sé, pudo ser la responsable de evitar cualquier sonrisa por tanto tiempo.

“Estás muy grande ya”, dijo al mismo tiempo en que quitó su asquerosa mano de mi hombro. “Vienes por esas frituras que te gustan mucho, ¿verdad?, agárralas, yo te las compro”, dijo mientras avanzaba hacia la caja. Fue en ese instante en el que recuperé el control sobre mi cuerpo. No suelo hacer ningún tipo de esfuerzo físico, pero en ese momento corrí a toda velocidad, como nunca lo hice.

No sé cómo llegué a casa tan rápido, o mejor dicho, cómo pasé del pasillo de la tienda a mi habitación en lo que pareció ser un segundo. Fue hasta que estuve ahí, en la intimidad de mi recámara, que me sentí seguro otra vez. Entonces me sentí de una forma que no podía entender; quería llorar, pero no quería dejar en manifiesto que lo había hecho. Sé que grité una maldición con tantas fuerzas que me dolió la garganta. Pero no me dolió tanto como las manos tras golpear la pared por quién sabe cuánto tiempo.

Cuando logré tranquilizarme noté que tenía mis manos raspadas y heridas. Por los golpes desprendí un poco de la pintura en la pared, y sin darme cuenta, había quebrado un cuadro que tenía ahí. Me sentí afortunado de que mis padres rara vez entraran a mi habitación, gracias a su confianza en mi organización y limpieza. Ya no salí de ahí el resto del día. No comí mis frituras, tampoco cené. Me quedé en la cama, cubierto de pies a cabeza, esforzándome por entender qué había pasado, por qué fui tan débil, por qué a mí.

Los días siguientes me sentí muy retraído, más de lo normal. Nunca le dije nada a mis padres; no lo hice antes, cuando fue más grave, menos esta vez que fue sólo un encuentro. De todas formas ellos no se dieron cuenta de que algo pasaba conmigo. Hasta eso, Benito, de quién menos esperaría que se diera cuenta de *lo que sea*, me preguntó qué me había pasado. Le mentí diciéndole que me sentía estresado por los exámenes; sé que no me creyó, pero ya no preguntó más y eso es algo de agradecerse. Lo que sí hizo fue recordarme de esa tonta fiesta.

Todavía la tarde antes de la hora de la fiesta me preguntaba si debía ir. En verdad me parecía una pérdida de tiempo, pero ya había acordado presentarme, y no estaba en mis planes contradecirme a mí mismo. Llegué a la escuela algo tarde para la fiesta. Ahí estaban; todos esos compañeros a los que llevaba una vida evitando, reunidos en un espacio tan pequeño para una multitud, y aún así, parecían disfrutarlo. Dudaba que yo fuera a hacerlo, pero al menos lo intentaría.

\* \* \*

*Benito, tengo que decirte algo muy importante.*

*Vas a ser papá.*

*Me dio antojo de camarones empanizados  
y nunca me gustaron los mariscos; me dan asco.*

*Debemos escoger un nombre para el bebé.*

*¿Cómo que tengo un niño en la barriga?, se dice abdomen.*

*¿Benito Jr.?, ¡¿qué es ese nombre?!, hay que escoger uno mejor.*

Empecé a llorar, pero no sé por qué. Me desahagué, o a lo mejor fue llanto que estuve guardando desde la muerte de mi abuelita. Antes nada más me salían lágrimas, pero esa vez fue un llanto muy largo. Benito estaba confundido, no entendía el porqué, y eso me preguntó. ¿Cómo iba a saber algo que no sé? Me molestaba que no entendieran eso; me decían que me abriera, y ya lo estaba haciendo. No sabía por qué lloraba, y no me malentendías; sabía qué me tenía así, pero no entendía por qué en ese momento, por qué a mí. Benito me calmó, me sequé las lágrimas y le dije que ya teníamos que ir a la siguiente clase.

Más tarde, ya en mi casa, alguien comenzó a tocar el timbre. Era Benito, que traía una bolsa de farmacia con tres pruebas de embarazo. Ya había escuchado sobre eso antes, pero creí que era como con los termómetros, que te los ponías en el sobaco y ya te decía *algo*. Pero la hojita decía que tenía que “hacer del uno”. Benito creyó que él también, pero tras ver un tutorial en internet, supimos que nada más yo tenía que hacerlo.

Me hice la primera; negativa. La segunda; negativa. Me exalté con Benito, al grado de haberle gritado “estúpido”, pero es que creyó que si juntabas las dos negativas daba como resultado positivo; tuve que explicarle al menos dos veces que eso no aplicaba ahí, y ya cuando se le olvidó eso, pude hacerme la tercera, que también salió negativa, así que no, no estaba embarazada. Adiós, bebé.

Sí me sacó un susto esa situación, aunque seguía sin entender por qué tuve antojo de camarones empanizados. Por si las dudas, fui a un restaurante de mariscos para pedir una orden porque como dicen, si no te sacas el antojo de la cabeza, el chiquillo sale con cabeza del antojo; aunque ya sabía que no había tal chiquillo.

El restaurante olía muy feo, a humedad, fetidez, asquerosidad, repugnancia; hasta me dieron ganas de vomitar. Aún así, seguía con antojo de camarones empanizados, por lo que ocupé una mesa libre, me senté ahí e hice mi pedido. Quedé decepcionada cuando llegó la orden; se veían bien tristes, todos muertitos ahí, pero ya me los habían llevado, así que los probé. En efecto, sabían asqueroso, tanto que no sé con qué compararlo. Mejor lo pedí para llevar y así poder dárselo a algún perrito que viera por ahí. Lástima que ahí no aplicó la de “si no le gusta, no lo paga”.

Mientras esperaba mi cambio, escuché que alguien hablaba *algo* de un reino, o algo así. Entonces recordé que al día siguiente sería el evento de rey y reina de la escuela. Por todo lo que había pasado en días anteriores ya se me había olvidado por completo; lo bueno es que ese día podría dormir más tiempo, ya que la fiesta sería durante la noche.

El día del evento desperté a las 10 de la mañana, y eso que me había dormido a las 8 de la noche. Sentí que dormí poquito para ser un día sin escuela; a veces duermo hasta las dos de la tarde, así que en comparación con eso, fue muy poco. Para hacer tiempo me puse a armar un rompecabezas de 500 piezas, pero cuando apenas llevaba diez me frustré y lo dejé hasta ahí. Luego decidí mejor ver televisión; primero vi *Las increíbles ideas de Pepe y Federico*, después *Bernardo el estropajo*, y me eché como seis capítulos de *Tobias y Jeremy*.

Cuando caí en cuenta de que ya eran las cinco de la tarde, me empecé a arreglar. Ese día por supuesto que vería a Benito, por lo que quería sorprenderlo con mi *outfit*. Me bañé, usé mi mejor perfume y decidí ponerme un vestido verde turquesa, el mismo que usé en mis XV; ese no lo había visto Benito.

## POR QUÉ AQUÍ

*¿Y la bicicleta? Cierto, se rompió.  
¿Y ahora cómo voy? Pues a pie supongo.  
Hmm, nunca había visto ese pájaro.  
¿Petirrojo?, ¿tucán? ¡Pero si aquí no hay tucanes!, ¿o sí?  
Debería buscar en internet.  
¿Quién me grita? Reconozco esta voz.*

Era Andrea, una compañera de mi salón que me ofreció *ride* a la fiesta, a lo cual accedí sin pensarlo dos veces. Pensé en preguntarle si sabía sobre tucanes en la ciudad, pero luego decidí que aunque era un tema interesante, vaya que era algo bobo, así que no hablamos en todo el camino.

Ella se bajó primero y después yo. De lejos noté a María que parecía platicar con Marco; tenía cara de espanto, y creí que Marco la estaba aburriendo con cosas de matemáticas o sobre ciencias. A pesar de los últimos días, me alegró verla, así que me acerqué de inmediato a saludarla, pero ella pareció esquivarme, porque se encerró en el baño a toda prisa.

Como ya no estaba María, y noté que Andrea tenía tejuino y enchiladas, mejor fui con ella a preguntarle dónde había conseguido eso. Alcancé a escuchar que dijo que María le había pegado, entonces me preocupé por un momento; luego vi sus enchiladas otra vez y mejor fui a conseguir para mí. Como no encontré, tomé un tejuino, que de ese sí que tenían bastante.

Me acerqué con Marco y nos quedamos los dos afuera del baño de niñas un rato. No platicamos mucho porque él es alguien de pocas palabras, pero logré sacarle una sonrisa. ¡A huevo!, ya tenía un nuevo amigo, y yo que pensaba mal de él. Estaba pensando en ofrecerle un tejuino cuando vimos que María salió del baño, acompañada por Alya.

Comenzó a gritarme un montón de cosas, así que supe que su humor no era precisamente bueno.

*¿Que por qué llegué con alguien más?  
Pues se me rompió la bicicleta después de hacer la pruebas,  
y Andrea se ofreció para llevarme. Aproveché para no sudar y llegar fresco  
como una lechuga. No hicimos nada, solo le quería preguntar sobre los tucanes en la ciudad.  
¡Sí, tucanes! ¿Por qué cuestionas mi amor por ti? ¿Qué no sabes que te amo?  
¿Por qué eres tan insegura?  
¿Cómo que Marco está guapo?  
¿Por qué le dices guapo? Che' morra vengativa.  
¡Terminamos!*

Todos estaban viendo lo que ocurría; fue inevitable preguntarme si estábamos haciendo un escándalo, o qué pensaban los demás. Yo no quería hacer un escándalo, ¿qué tal mi mamá se enteraba? ¿Perdí a María? Sí, la había perdido. El problema, ¿por qué me distraje? Era una situación fuerte, y ya no quería estar ahí. Pensé en decirle a Andrea que me llevara a casa, pero temía que María se pusiera más agresiva, aunque no tendría por qué ser así; yo sólo quería un *ride*. Luego pensé en irme en la bicicleta; intenté recordar dónde la había dejado, hasta que caí en cuenta de que la había dejado abandonada antes. Todo esto pasaba por la bicicleta.

O quizás sí era porque, como todos decían, me distraía mucho.

Antes de que lograra perderme en mis pensamientos, vi cómo Salma se acercaba de prisa hacia nosotros. Parecía decidida a acercarse directo conmigo, y pensé que iba a tener más problemas con María; de por sí. Pero no.

Salma venía con todos.

\* \* \*

De camino hacia la fiesta, el silencio se hizo presente otra vez entre mi hermana y yo. Había momentos en los que parecía que quería decirme algo, pero cuando la veía de reojo, sólo veía que tragaba saliva. Cuando por fin llegamos a la escuela, Claudia me detuvo antes de cerrar la puerta. Por fin nos miramos a los ojos; los de ella estaban empapados. Entonces logró decir algo, con la voz entrecortada y una sonrisa como nunca antes la vi.

*Te ves preciosa, hermanita.*

Sólo pude sonreír y decirle adiós con la mano. Sentí una enorme presión en mi pecho cuando caminé del auto hacia la escuela. No entendía qué estaba pasando, pero de algún modo, entre ese revoltijo de emociones, había algo que se

*sentía bonito.* Apenas crucé la puerta, alcancé a escuchar un par de voces que susurraban mi nombre. No quise prestarle atención a eso, pero lo que vino después fue la cerecita en el pastel de todo lo que había pasado ese día.

“¿Ya viste a Alya?”  
“Está bien preciosa.”  
“¡Ay, no, trae unas vendas!”

Me sentí descubierta. Me sentí hasta desnuda. Al instante, revisé a un costado de mi vestido, y en efecto, apenas un par de centímetros de mi vendaje se alcanzaban a apreciar. Eso bastó para sentir que ya todos me habían visto, que habían notado hasta las imperfecciones más invisibles de mi persona.

Sé que no era así, que todos estaban inmersos en lo suyo, pero sentí como si todas las miradas en el sitio se hubieran clavado en mí, y que de pronto, la multitud murmuraba sobre mi apariencia. Ya no quería estar ahí, pero tampoco quería estar en mi casa. No sé por qué, pero el único lugar en el que se me ocurrió refugiarme fue el baño.

Entré de prisa y me encerré en uno de los baños. Mientras me sacaba el vendaje con desesperación, me eché a llorar una vez más. Me sentía una farsante. Me sentía gorda. Me sentía fea. Me sentía expuesta. Me sentía vulnerable. Me sentía rota. Me sentía tantas cosas que de pronto caí en cuenta de que hacía mucho tiempo dejé de sentirme *yo misma*.

\* \* \*

“¡Miren quien decidió venir!” escuché que alguien dijo apenas entré al lugar. No reconocí a la persona que me saludó tan entusiasta; tuve que pedirle que se identificara para saber que se trataba de María, la novia de Benito. Dijo alegrarse de verme ahí, a lo que agradecí más por cortesía que de manera genuina. A pesar de confesarme que había escuchado mucho de mí a través de las conversaciones con su novio, tuve que pasar el bochorno de admitir que de ella no había escuchado nada antes. Desde ahí la interacción con ella me resultó algo incómoda, aunque a decir verdad eso no pareció ser mutuo.

La fiesta fue larga y más de uno perfilaba salir borracho de ahí. Resulta que la fiesta de nombramiento de la reina y rey de la escuela, a la cual me negué a ser nominado, es la primera vez que varios adolescentes prueban el alcohol. Eso explicaría por qué algunas personas con las que jamás había cruzado palabra se acercaron a mí con tanta jovialidad para saludarme como si nos conociéramos desde siempre. Actitudes como esa no hacían más que reforzar mi postura respecto a ese tipo de eventos sociales.

La fiesta transcurrió con normalidad hasta que por cierta razón que desconozco María enloqueció y procedió a encerrarse en el baño. No consideré que fuera mi problema, pero me quedé esperando a ver qué pasaba, sólo por curiosidad, ya que parecía ser lo único interesante en esa fiesta. Ella había perdido la cordura y al parecer Benito se percató de ello, pues él se quedó conmigo esperándola afuera del baño.

Para ese punto sentí que yo no tenía mucho que hacer ahí, pero Benito había sido muy amable conmigo y algo en mí generó una sensación de compromiso, que tenía que apoyarlo. Así que ahí estábamos él y yo, afuera del baño de mujeres, escuchando sollozos sin la posibilidad de intervenir.

Si soy honesto, no me interesaba ayudar a solucionar *lo que sea* que estuviera pasando tras esa puerta. Lo único que me mantenía ahí era Benito, aunque él parecía estar absorto en sus pensamientos. “Vaya semana”, me dijo con cierto dejo de frustración, a lo cual asentí, volteé a verlo y respondí con lo mismo: “vaya semana”. Ambos nos reímos de forma breve. Fue en ese instante cuando me di cuenta de algo: ese chico al que alguna vez le di clases particulares y cuya capacidad intelectual era muy inferior a la mía, de alguna manera, se había convertido en mi amigo.

Más tarde, fue de conocimiento público lo que desencadenó toda la situación. Del baño salieron María y Alya, quien al parecer también estaba ahí por motivos que desconocía en ese momento. María vio a Benito llegar con otra chica, pero hasta donde sé, lo único que hizo la tal chica fue ofrecer transporte a la fiesta. Yo quería mantenerme al margen de esa situación tan embarazosa, pero luego María me involucró diciendo que me veía guapo, y todo porque quería darle celos a Benito. No sé en qué momento todo se salió de control, así como tampoco supe cuándo llegó Salma.

Lo que sí puedo asegurar es que fue lo mejor que pudo ocurrir.

\* \* \*

Una vez que terminé de arreglarme, me dirigí a la fiesta. Me emocionó ver que había de todo: raspados, tejuinos, pozole, ¡muchas cosas!, y agarré de todo. A pesar de esa emoción, conforme se hacía tarde y noté que Benito aún no llegaba, me empecé a preocupar. Pero esa preocupación de pronto se volvió confusión, y después ira.

A lo lejos vi que llegó un carro, de donde se bajó una chica que no reconocí, seguida de Benito, ¡mi Benito!

*¿Por qué se bajaron juntos?*

*¿Por qué viene con ella?  
¿Ya no le soy suficiente?  
¿Me va a dejar?  
¿Ya no tengo nada más para ofrecerle?  
¿Ella qué le puede ofrecer que no tenga yo?*

Mi corazón latía más rápido. Me sentía nerviosa; era mi novio, no de ella, y sentí muchas cosas al ver que alguien más estaba con quien yo creí que era el amor de mi vida, porque sentí que la había escogido a ella y no a mí, porque hablaba con ella y no conmigo. Creí que ya no me quería más, que había preferido a alguien más antes que a mí. Sentí que tenía el derecho de molestarme, de reventar y culparlo de todo a él, pero no quería interrumpir la fiesta.

Lo había perdido todo. Sentía que nadie me quería, que nadie me comprendía. No sabía por qué tenía que sufrir tantas cosas, yo que era amable con todo el mundo tenía que sufrir por todos los demás. Por ser tan amable, sentía que todos se aprovechaban de mí, y todavía tenían el descaro de echármelo en cara. Deseaba que tanto sufrimiento fuera compartido, que a todos les tocara una partecita del mío. Era tanto que ya no soportaba más: a mi abuelita la habían envenenado y me culpaban por ello, casi salía embarazada, me había emborrachado y para colmo, Benito estaba saliendo con otra. ¿Cómo podría ser todo eso posible y de golpe?

No encontré más alternativa que encerrarme en el baño a llorar, ¿qué más podía hacer? Estaba la opción de reclamarle a Benito, pero eso sería más adelante. Eso sí, antes de entrar, alcancé a darle un empujón disfrazado de accidente a la fulana esa. Ahí en el baño escuché que alguien más lloraba; una compañera de sufrimiento. Sentí que me tocaba ayudarla; era parte de mi “amabilidad”. Pregunté quién estaba ahí, y entre sollozos supe que era Alya. Me dijo que estaba bien, y de hecho me preguntó qué era lo que yo tenía, así que sin más, me solté y le conté todo, incluido mi plan de confrontación, al cual se ofreció a acompañarme. Salimos, y ardió Troya.

*Oye, Benito, ¿por qué llegaste con alguien más? ¿No pudiste venir solo?  
¿Qué hicieron? ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué no me buscaste  
cuando llegaste? ¿Por qué no me buscaste para que fuera por ti?  
¿Por qué te quedaste hablando con ella? Ah, tucanes, ¡invéntate algo mejor!  
Ya no me quieres, ¿verdad? Ya no me amas, ¿verdad? Tan sólo dilo.  
Oh, ahora vas a decir que no pasó nada, que no fue nada,  
que sólo fue un aventón. ¿Pues qué crees? ¡No-te-cre-o!, ¡nada!  
Algo pasó entre ustedes dos. ¡Ah, mira!, ¿ya viste a Marco?  
Está guapísimo, ¿no crees? ¡¿Cómo que me vas a terminar?!  
¡No, no, no! ¡No vamos a terminar! ¡Bueno, terminamos!  
Me iré con Marco, que está más guapo, es más atento  
y es menos distraído que tú.*

Ahora todos nos estaban viendo; estábamos haciendo un escándalo tremendo, y sin duda alguna, eso estaba arruinando la fiesta para todos los que estaban ahí, pero qué importaba, eran mis problemas, no suyos. Sí, todos nos estaban viendo, ¡pero a ellos qué les importaba! Todos se veían tan felices divirtiéndose, no como yo que parecía que sólo estaba ahí para pelear. Lo peor de todo es que Benito ya había terminado conmigo, y no sabía qué hacer. No sabía con quién me iría, a dónde iría, ¿estaría bien yo sola? Parecía que ya nadie me quería, y la única persona a la que tenía, a él, ya no estaba. Sentía que ni mis papás me querían, que ahora sí me iban a envenenar como a mi abuelita, pero yo no quería eso. Tendría que hacer todo yo sola.

En eso vi que alguien venía, y parecía dirigirse hacia Benito. Me preguntaba desde cuándo él tenía tantas pretendientes; comencé a pensar que buscaba a otras personas a escondidas de mí y que sólo me había usado para dar celos. “¡Qué estúpido!”, repetía en mi mente, culpándome por haber accedido a estar con él.

En eso estaba cuando se acercó la chica, a quien intenté ahuyentar de forma agresiva diciéndole que nada de lo que pasaba era su asunto, y que lo resolveríamos entre Benito y yo, aunque en realidad ya no había nada que hablar porque ya se había acabado todo. Ella me pidió calmarme; dijo que sólo quería hablar con nosotros.

Era Salma. Nos juntó a los cuatro y fue directo al grano.

\* \* \*





La situación con los cuatro parecía salirse de control. Ya les había notado con anterioridad, por separado, cómo todos lidiaban con algún asunto personal que no se animaban a compartir con alguien más, y sus motivos tendrían para que así fuera. No les juzgué ni lo haré nunca por no compartirlo. Pero sabía de primera mano que si conflictos como los suyos se dejaban crecer, llegaría un momento donde manejarlo sería más complicado.

Sentí que debía intervenir. No sé cómo le hice para lograr que se calmaran los ánimos por un momento, pero cuando capté la atención de los cuatro, palabras más, palabras menos, esto fue lo que les dije.

*No sé si piensan que son los únicos con problemas aquí, pero la verdad es que todos los presentes los han tenido. Por ejemplo, esa chica de allá, su papá murió el martes de la semana pasada, y está aquí porque la convencieron de que esto la distraería. El de lentes que está de aquel lado tiene que usarlos como consecuencia de un choque donde perdió casi la totalidad de la vista, y es más, ese que está bailando encima de la bocina llevaba dos semanas sin venir porque su mamá no tenía trabajo ni dinero para mandarlo a estudiar. Aún así, todos se están divirtiendo, a pesar de tantas cosas que han pasado.*

*Todos tienen sus problemas, y están tratando de superarlo por su cuenta, de algún modo, y tan bien como sus posibilidades lo permiten. No les culpo de hacer una escena pública en la que ya todos nos enteramos de sus problemas, pero eso no hace más que volverlos más grandes, y ahora tendrían que lidiar con más de lo que ya tienen. Les recomiendo buscar ayuda, porque nunca saben cuándo están mal; se los digo por experiencia. La diferencia está en que a mí nadie me tendió la mano cuando lo necesité, por eso trato de ayudar a quienes veo que lo podrían necesitar.*

*No les digo que empecemos hoy, porque es un proceso para el que deben estar dispuestos a enfrentar, pero sepan que, cuando lo estén, cuando lo decidan, estaré encantada de tomarles la mano y apoyarles tanto como me sea posible, y si por algo quieren la ayuda, pero no a través de mí, entonces será un honor llevarles con quien pueda hacerlo. Pero tomen la ayuda.*

*No hay vergüenza en reconocerlo.*

## DIEZ AÑOS DESPUÉS

Han pasado más de diez años desde esa fiesta, y aunque el contacto con ese grupito tan único es poco en la actualidad, de vez en cuando veo sus actualizaciones en redes sociales y me alegra verles, porque noto *tantas* cosas en sus ojos. Veo las ilusiones de la infancia, el deseo insaciable de comerse el mundo, la inquietud armónica de alcanzar sus sueños, y todo eso, a pesar del cansancio de las batallas que han librado en su joven y corta vida. Porque vaya que han batallado, han temido, han llorado y hasta se han caído, pero lo más importante de todo es que han seguido adelante.

A veces me pregunto qué hubiera pasado si no se hubieran animado a recibir la mano que se les tendió en apoyo. ¿La habrían buscado después? ¿Jamás lo hubieran hecho? ¿Habría llegado en el momento oportuno? Luego dejo de pensar tanto en ello porque, a fin de cuentas, sólo hay una forma en la que pasaron las cosas y esa es, de hecho, la forma en que todo ocurrió.

Tiempo después de recibir sus primeras sesiones de apoyo para manejar su situación, Benito encontró a un individuo con el cual hizo una amistad muy fuerte. Ambos decidieron empezar un negocio en línea que los llevaría muy lejos en el sentido financiero y espiritual. Benito consiguió el dinero que le apoyaría a cumplir otro sueño que tenía, y ese era abrir su restaurante de comida mexicana donde, por supuesto, habría enchiladas como el platillo más famoso.

Se ha dicho agradecido de haber buscado y encontrado ayuda. Se nota que es feliz, y que ha aprendido a disfrutar cada instante de vida. Espero que algún día leas esto, Benito, y sepas que se te admira.

“Ojalá y solo tuviera cosas positivas e inspiradoras que contar, pero la realidad es distinta”. Así empezó Alya la presentación de su primer libro de poesías ante un pequeño pero repleto salón que ansiaba conocer a la nueva promesa literaria. Ella fue muy constante en las sesiones de apoyo, e incluso fue ahí donde escuchó sobre unos talleres de escritura creativa que la llevarían a descubrir su nueva pasión. Nunca dejó de recibir apoyo, y eso fue crucial cuando fue hospitalizada dos años después de la fiesta, a consecuencia de su descuidada alimentación y malas prácticas estéticas.

No fue nada grave, pero sí fue un parteaguas en su vida. Su hermana, que ya llevaba meses viviendo por su cuenta, encaró a su familia y se llevó a Alya a vivir con ella. Desde entonces son ellas dos contra el mundo, y aunque me gustaría decir que su relación es perfecta, la realidad es que después de tantos años de abuso, todavía tienen sus roces, pero juntas siguen aprendiendo, y más importante aún, siguen sanando juntas. Alya, espero que sanes a través de tus letras, y que también ayuden a sanar a más personas.

De Marco he sabido más porque su trabajo lo mantiene en el ojo público, y cada tanto lo veo en las noticias. Estudió la misma carrera que su padre y se dedica a la abogacía, y como él mismo dice, es uno de los *más top* en su rama, sobre todo después del caso donde él fue, digamos, el protagonista. Fue un proceso legal complicado, tortuoso y muy desgastante, pero donde cada segundo valió la pena, porque después de tantos años logró encarcelar a la persona que había abusado de él en su infancia, y donde declaró que con medidas así “podría asegurarse que en las calles hubiera un agresor menos, y que por fin pagaría por sus actos”.

A él me lo encontré hace poco en una cafetería; me alegró verlo y parecía que él también se alegró de verme. Dijo algo que no creí escucharle decir nunca, que después de la terapia, a la cual se había resistido sobre todo por su arrogancia, había logrado superar todo por lo que había pasado y que en su momento hizo de él, sus palabras, “una persona fría y solitaria”. Incluso me preguntó por Benito, a quien todavía considera un amigo que lo hizo confiar otra vez en las personas, aunque después acotó que “algunas”.

A quien hace casi tres años que no veo en persona es a María. La última vez que nos encontramos iba con su hija en brazos y no, por si quedaban dudas, no era de Benito. Su bebé llevaba meses de nacida y la había llamado Esperanza, en honor a su tan querida abuelita. María se enfocó en los deportes, más en concreto al taekwondo, disciplina de la que es maestra y medallista.

Sé que su proceso ha sido muy complicado, pero alguna vez dijo que la ayuda que ha recibido la ha hecho vivir una vida mejor, y que ya sabía que no había tal cosa como la perfección porque ni siquiera se podía entender bien qué significa eso. Ahora María irradia seguridad y transmite confianza, lo cual a su vez da mucha alegría e inspiraría hasta a una piedra. Ojalá ella lo sepa, y jamás lo olvide.

Hubo una época durante mi adolescencia donde sufrí mucho y me sentí tan sola que pensé... pensé *cosas*. Sabía que esos pensamientos no debían estar ahí, por eso agradezco haberle hecho caso al que me abrió los ojos:

“¡Salma, busca tu propósito!”

Lo encontré al acompañar a quienes sienten soledad, porque sé lo que es estar ahí. Encontrar mi propósito me ha hecho sentir mucha calidez, como un enorme abrazo que me daba esperanza y me empujaba a abrazar a mi ser, que a pesar de lo horrible, no dejaba de ser bello.

Tiempo después descubrí que eran muchas las personas que no buscaban apoyo porque no sabían con quién o a dónde acercarse, o les daba pena hacerlo. Aquella fue una revelación que, si bien primero me causó tristeza, después me hizo decidir que no permitiría que nadie más se sintiera en soledad en momentos así.

Cuando noté que mis compañeros pasaban por un momento complicado, les seguí de cerca, siempre respetando su espacio, para cuando sintieran que caían al pozo, tenderles una mano y, si aceptaban tomarla, ayudarles a subir, porque esa es una de las opciones que tienes, subir; la otra es quedarse ahí abajo. Sentí dicha al ver que los cuatro aceptaron esa mano y sé que, sin duda, al hacerlo se sintieron abrazados, como quizás no se habían sentido en quién sabe cuánto tiempo.

Un abrazo no cae mal de vez en cuando; pídelo, y dalo.



COLECCIÓN

# *“Entre Sombras y Luces: Cuentos para la Salud Mental”*

- Tengo un candado en mi boca, Israel Silva Peña
- Paulatina, Laura Pizano
- Mamá Lau, Nika Zheyra
- Hasta luego señor Sol, Heidi Juárez Robles
- El matiz de las sombras, Gabriel Núñez, Jeon Zari, M.B.A., PDF. Anguiano
- La respiración de las hojas, Marco Cárdenas

Disponibles para su descarga en:  
[www.observatoriocolima.gob.mx](http://www.observatoriocolima.gob.mx)



**COLIMA**  
Gobierno del Estado

**CESMAC**  
Comisión Estatal de Salud  
Mental y Adicciones





**COLIMA**  
Gobierno del Estado

Servicios de Salud



**COLIMA**  
Gobierno del Estado

**CESMAC**  
Comisión Estatal de Salud  
Mental y Adicciones



**SALUD**  
SECRETARÍA DE SALUD



**CONASAMA**  
COMISIÓN NACIONAL DE SALUD MENTAL  
Y ADICCIONES



COLECCIÓN

# “Entre Sombras y Luces: Cuentos para la Salud Mental”



**COLIMA**  
Gobierno del Estado

**CESMAC**  
Comisión Estatal de Salud  
Mental y Adicciones

